carlos domínguez

la dimensión mítica y arquetípica del bautismo

PROBLEMATICA

¿Es posible hablar de una dimensión mítica en una religión que se ha planteado contra todo paganismo y que pone en el centro de sus afirmaciones la intervención personal del Dios trascendente en la Historia? Con esta interrogación inicia L. Beirnaert un denso y magnífico estudio publicado en el volumen titulado *Experiencia cristiana y Psicología* y al que fundamentalmente seguiremos en este trabajo (1).

La cuestión queda planteada por el hecho de que mitólogos y sicólogos han descubierto numerosas analogías entre los símbolos cristianos y los que son objeto de sus estudios. Muy especialmente el sacramentalismo cristiano no puede considerarse como una novedad en todos sus puntos. Muchos de sus elementos simbólicos presentan un indiscutible parentesco con el sacramentalismo de las religiones naturales. Por otra parte los descubrimientos llevados a cabo por las diferentes escuelas de Sicología Profunda ponen también de manifiesto las relaciones entre el sacramentalismo cristiano y las simbolizaciones del inconsciente.

El Bautismo cristiano, concebido como mortificante y vivificante ¿implica una referencia a los mitos de origen y regeneración? ¿ponen en obra unos arquitectos inconscientes? En caso de respuesta afirmativa ¿cuál es exactamente la función de esas virtualidades en la eficacia integral de las aguas bautismales cristianas?

I. Aguas míticas y aguas bautismales.

En su *Tratado sobre la Historia de las Religiones* Mircea Eliade hace notar lo siguiente: "sea cual sea el conjunto religioso en el que se presenten, la función de las aguas es siempre la misma: desintegran, suprimen las formas, "limpian los pecados" purificando

y regenerando al mismo tiempo". El agua mata y precisamente por esto es rica en gérmenes, es creadora. Los héroes, los iniciados descienden a las "aguas de la muerte" para enfrentarse a los monstruos marinos y en la victoria ritual contra estos monstruos conquistan la inmortalidad. Igualmente las estatuas sagradas son sumergidas en el agua para que recobren las fuerzas agotadas de la divinidad. Las innumerables ilustraciones de los mitólogos ponen de manifiesto la extraña ambivalencia de las aguas; por una parte, son objeto de un terror sagrado, ya que están habitadas por monstruos y dragones, pero por otra parte son objeto también de una irresistible atracción, ya que en su seno se encuentran escondidas la juventud y la inmortalidad.

Habría que preguntarse si en la concepción cristiana del Bautismo se da igualmente esta concepción mortificante y vivificante de las aguas mitológicas. Un estudio atento de la literatura cristiana de los primeros siglos nos da una respuesta afirmativa. Las aguas bautismales son perfectamente también sepulcrales y maternales. El simbolismo bautismal cristiano, afirma Mircea Eliade, no contradice el simbolismo acuático difundido universalmente. El "hombre viejo" muere por inmersión en el agua y da nacimiento a un nuevo ser regenerado.

Veamos algunas afirmaciones de la literatura primitiva cristiana en este sentido. San Juan Crisóstomo afirma: "el Bautismo representa la muerte y la sepultura, la vida y la resurrección... Cuando sumergimos nuestra cabeza en el agua como en un sepulcro, el hombre nuevo aparece simultáneamente". El Pseudo-Dionisio evoca la piscina bautismal como "matriz de toda filiación" y San Efrén el Sirio la celebra con estas palabras: "Oh útero, que a diario engendras sin dolor los hijos del reino de los cielos" (3).

En este sentido es sumamente interesante el estudio sobre la administración del sacramento del Bautismo realizado por Karl Barth. En él muestra cómo el Bautismo, administrado por inmersión total del hombre en el agua, tenía un carácter de *amenaza* directa contra la vida, amenaza seguida inmediatamente del *salvamento* y de la salvaguardia.

Parece pues que la Iglesia de los primeros siglos ha reconocido una función mortificante y vivificante (maternal) en las aguas bautismales. Es necesario, sin embargo, preguntarse si el rito del Bautismo es reducible a las aguas míticas de la antropogénesis y la cosmogénesis como sucede en muchas religiones naturales.

Es evidente, y así lo hace ver también Mircea Eliade, que para los Padres y los rituales de la Iglesia, el rito de inmersión y de emersión *no remite en primer lugar a un nivel mítico sino a un nivel histórico,* concretamente a la muerte y la resurrección de Cristo. Igualmente la maternidad de las aguas no se refiere en primer lugar al seno arcaico, sino a la maternidad concreta de la comunidad eclesial. Los valores precristianos y universales del simbolismo acuático son enriquecidos con nuevas significaciones en relación con la existencia histórica de Cristo. "Intervienen en la valoración cristiana de las aguas ciertos elementos nuevos ligados a una "historia", en este caso, la historia sagrada" (4). Para Cirilo de Jerusalén, el Bautismo no es sólo purificación de los pecados sino también "antitypos" de la pasión de Cristo. Igualmente nos dice: "Por el Bautismo no morimos ni resucitamos verdaderamente, sino por imitación y símbolo, pero la salvación ha llegado en verdad, porque Cristo ha sido realmente crucificado, realmente sepultado y ha resucitado en verdad, de modo que comulgando mediante la imitación ("mímesis") en sus sufrimientos

adquiramos en verdad la salvación" (5).

El bautismo, pues, como afirma Beirnaert, no constituye inmediatamente la repetición de la cosmogénesis o de la antropogénesis, sino del acontecimiento redentor de Cristo, y es a este acontecimiento al que se remite como su "arjé" propio.

Mircea Eliade insiste en cómo el judaísmo y el cristianismo suponen una innovación fundamental en la valoración del tiempo con respecto a las religiones arcaicas y paleo-orientales. Para el judaísmo, el tiempo tiene un comienzo y tendrá un fin. Para el cristianismo, por el hecho de haberse encarnado Dios en una existencia históricamente condicionada, la historia se hace susceptible de santificarse. Y esto se expresa en su dimensión sacramental. "Cuando el cristianismo participa en el tiempo litúrgico se incorpora al "illud tempus" en que vivió, agonizó y resucitó Jesús, no se trata ya de un tiempo mítico, sino del tiempo en que Poncio Pilato gobernaba Judea" (6).

Así pues, el Bautismo cristiano asume todo el simbolismo mortificante y vivificante de las aguas, pero remitiéndolo, no a un tiempo fuera del tiempo, sino a la muerte y a la resurrección de Cristo, por la que el cristiano recibe una nueva vida (Rom 6,3-4).

II. Las aguas de la muerte y el Bautismo de Jesús.

El tema mítico de las aguas de la muerte se encuentra presente en toda la cosmología hebrea. En ella, se colocaba en el origen del mundo al "Tehom", el abismo que se halla bajo la tierra y alrededor de ella, el caos fangoso y tenebroso con sus monstruos: los de Tannim, Rahab y Leviatán. Este abismo representa una amenaza constante tanto para el hombre como para el cosmos (Salmo 69,15-16; 18, 5-6).

Este tema, vivo en el judaísmo posterior, se ha proseguido en el Nuevo Testamento. En él la muerte de Jesús ha sido presentada como un bautismo (Mc 10,38; Lc 12,50), es decir, como una inmersión en las aguas de la muerte. Su inmersión ha constituido una victoria sobre el abismo y la posibilidad de que las aguas accedan a una función vivificante totalmente nueva. Un logrado estudio de Lundberg así lo ha puesto de relieve (7). Jesús asimila su muerte y su sepultura a la estancia de Jonás en el vientre de la ballena; ahora bien, el tema de Jonás está unido a las aguas devoradoras del reino de la muerte (Jon 2,3). Lundberg no duda que el descenso de Cristo al centro de la tierra tenga también la significación de un descenso al mar de la muerte (Rom 10,7).

La literatura cristiana de los primeros siglos recoge el tema del Bautismo de Cristo en el Jordán como un descenso a las aguas de la muerte. Citemos una vez más a Cirilo de Jerusalén: "el dragón Behemot, según Job, estaba en las aguas y recibía al Jordán en su garganta; Jesús, habiendo descendido a las aguas, encadenó al fuerte, para que adquiriésemos la facultad de caminar sobre escorpiones y serpientes" (8). Ahora bien, el Bautismo en el Jordán se encuentra íntimamente relacionado con la cruz y la muerte. Así lo ve la primitiva literatura cristiana y la teología bíblica actual. En el momento del Bautismo, Jesús es investido de su misión de servidor sufriente; por eso es un anuncio de la cruz y de la justificación en general. La cruz es un Bautismo general y el Bautismo de Jesús es una aceptación de su misión que desembocará en la cruz. Por consiguiente, afirma Beirnaert, podemos asimilar la muerte de Jesús (su Bautismo), cuya perspectiva

le llena de angustia, a una inmersión en esas aguas terroríficas y mortales que constituían para la cosmología hebrea la estancia misma de la muerte y un peligro permanente para toda la existencia.

Ahora bien, es sumamente interesante que, para la iglesia de los primeros siglos, esta inmersión no tenga en absoluto el sentido de una regeneración de Cristo por medio de las aguas, sino, al contrario, el de una victoria de Cristo sobre ellas. Cristo ha vencido a las potencias cósmicas (Gál 4,3; Col 2,13; Hbr 2,14). Los Padres y la liturgia de los primeros siglos atribuyen la misma eficacia al descenso de Cristo a los infiernos. Y las aguas bautismales cristianas deben su origen a ese bautismo victorioso de Cristo en las aguas de la muerte. Las aguas cosmológicas cambian así su sentido para convertirse en "aguas que restauran la vida eterna" (9) y aguas que expresan y efectúan una nueva maternidad: la de la Iglesia surgida de Cristo.

Como respuesta a la cuestión que encabeza este estudio, podemos afirmar: el cristianismo recoge la dimensión mítica de las aguas mortificantes y vivificantes, pero incardinando esta dimensión mítica en una dimensión histórico-trascendente: la intervención de Dios en la historia por medio de Jesucristo.

III. El bautismo y las simbolizaciones inconscientes.

Ya hemos señalado cómo la Sicología Profunda ha puesto de manifiesto las analogías entre las simbolizaciones de la fe y los símbolos de las fantasías insconcientes tanto a nivel individual como colectivo. Muy especialmente la Sicología Analítica de Jung ha puesto de relieve el parentesco de los grandes símbolos propuestos por las religiones positivas con las representaciones síquicas que surgen en el "proceso de individualización" (proceso síquico por excelencia por el que el individuo organiza su personalidad mediante la confrontación de la conciencia con lo inconsciente) (10). En el marco de la Sicología Analítica de Jung, las aguas bautismales significan sicológicamente un descenso al inconsciente, una confrontación con la "sombra" (la imperfección y la terrenalidad, lo negativo y no coincidente con los valores absolutos) (11). Esta confrontación de la conciencia con el inconsciente no se realiza sin un tiempo de desorientación. Se trata de una unión de los contrarios, de una unión "contra natura" que simboliza una conjunción conyugal prohibida. Su primer efecto es la muerte, la muerte síquica. Pero esta unión de tipo conyugal no realiza en primer lugar una muerte sino para desembocar en un renacimiento. El acontecimiento bautismal, con su simbolismo y los arquetipos que pone en juego, significaría y realizaría al mismo tiempo un proceso de unificación y totalización de uno mismo.

En el marco del sicoanálisis freudiano, el sentido simbólico del agua proviene principalmente de su equivalencia inconsciente con el fluido uterino. Es, afirma E. Jones, el símbolo más común, tanto masculino como femenino, empleado en las fantasías del nacimiento, dando lugar a la frecuencia con que se emplea como equivalente simbólico. Para Jones, el simbolismo sicológico del rito del bautismo significa "renacer por la purificación", siendo la purificación una idea inconsciente equivalente a fertilización. Con este esquema interpreta las ideas de agua bautismal y Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. "El reemplazo del deseo de renacer terreno (incestuoso) por el renacer espiritual equivale al deseo de ser purificado del pecado (del que el incesto es el gran arquetipo) (12).

Tenemos, pues, de nuevo, los conceptos de mortificante y vivificante del bautismo cristiano, referidos ahora a la subjetividad de la sique, expresándose por lo demás en unos términos que pueden llevar incluso a provocar el escándalo. Es necesario plantearse si semejante descripción del acontecimiento bautismal se corresponde a la presentación que de él hace el cristianismo. Aquí se encuentra implicada toda la problemática de las relaciones entre la sique y la experiencia religiosa y de la que aquí sólo podremos hacernos un leve eco. Hablar de las relaciones entre sicoanálisis y religión es hablar de una historia de mutuas desconfianzas. El sicoanálisis, es ya un tópico decirlo, se presenta como una hermenéutica reductora de sentido. Todos conocemos las afirmaciones de Freud reduciendo el sentido de la religión a una ilusión peligrosa que retiene al hombre en un estadio infantil de dependencia (13) y a la fuerza de una culpabilidad primitiva contra el padre (14). Todos conocemos también las sospechas por parte de filósofos y teólogos de que el sicoanálisis puede ser el responsable de un "dejar sueltos" a los instintos que fácilmente podría conducir a la inmoralidad y al ateísmo. Afortunadamente podemos observar también cómo esta historia de desconfianzas evoluciona en un sentido positivo. Como afirma Eduardo Krapf, el sicoanálisis y la religión se van encontrando en un terreno común, viniendo a ser la causa principal de este encuentro la reflexión, sin compromiso, de sus propios problemas como éstos están representados, basándose en el propio material y en la propia metodología (15).

Volviendo al tema que nos ocupa, del Bautismo y su relación con las simbolizaciones inconscientes, nos encontramos con el hecho de que los Padres se esfuerzan en manifestar a los incrédulos la correspondencia entre los símbolos, inmediatamente expresivos para la sique, y los dogmas de la nueva fe. Teófilo de Antioquía, Clemente de Roma, Tertuliano etc. celebran a cual más la sacralidad natural del agua, despertando de ese modo un arquetipo que reconocerá su expresión en el agua propuesta por la Iglesia. Semejante sistema de proceder supone *la presencia, en el movimiento concreto de la fe, de un momento específico en el cual se reconoce una relación entre el dogma y sus simbolizaciones por una parte, y los arquetipos inmanentes por otra.* El dogma enfrenta al sujeto con algo que le trasciende y supera, con algo que le es dado desde fuera, pero que le enfrentan con algo para lo cual ya estaba preparado desde lo más profundo de su ser. En este sentido, afirma la sicoanalista y filósofo Levy-Valensi: "El fenómeno religioso, así como el de la creatividad, confrontan al sujeto con un halo de significaciones que lo superan, pero para el cual está sensibilizado, puesto que hay en él algo más interior y más arcaico" (16). Esto "más interior y más arcaico" abre a la inteligencia y al sentimiento un acceso a todas esas figuras que la enseñanza religiosa presenta al hombre. Posibilita comprender mejor lo que se le propone en el dogma (17).

Ya hemos visto cómo los ritos de inmersión en el agua poseen unas significaciones sicológicas, como son la confrontación con el inconsciente, con todo lo que ello lleva de muerte y de unión de tipo conyugal. Este es el fondo arcaico que prepara y sensibiliza para la audición del mensaje. Sin embargo, es sumamente importante interrogarse sobre si el mensaje de fe que se recibe puede verse reducido a realizar de alguna forma este fondo arcaico y nada más. En este caso, los dogmas y sus simbolizaciones vendrían a constituir una especie de filtro que defienden al individuo de la tremenda experiencia que significaría enfren-

tarse con las fuerzas oscuras de su inconsciente.

Sin embargo, un análisis de la teología de la fe en el Nuevo Testamento y de la catequesis de la primitiva Iglesia no permiten, sin forzar los hechos, esta reducción de la fe al esquema de los arquetipos o de las simbolizaciones inconscientes. Creer significa reconocer en Cristo la imagen personal del Dios Amor interviniendo en la historia para salvarnos, mediante su muerte y resurrección. En función de este acontecimiento histórico se decidirá el creyente ante sus propias imágenes arquetípicas, las interpretará y las regulará. Y en función de este acontecimiento, deberá orientar el creyente toda su vida, no como una realización de sus deseos oscuros, sino como un compromiso con la realidad que le rodea, como una entrega de toda su existencia a través, más allá, e incluso, a veces, en contra de sus mismos deseos.

La inmersión en el agua nocturna significa el descenso a la sique profunda, a esos infiernos donde habitan la serpiente y el dragón, pero si el que se sumerge es un creyente, significa la intervención victoriosa de Cristo que ha vencido, no ya a la sique inferior, sino al poder del Mal y del pecado. Este descenso comporta una muerte, pero no se trata ya de la desorientación de la conciencia en su confrontación con el inconsciente, sino de la muerte de sí mismo ante el poder trascendente que se le presenta y que le lleva inevitablemente a la confesión de su insuficiencia más fundamental.

La unión con el agua significa asimismo una unión de tipo conyugal, pero para el creyente la feminidad del agua es la misma feminidad de la comunidad y la unión de tipo conyugal que fecunda esa comunidad es la unión misma de Dios, del Espíritu con ella (18).

Así pues, el acontecimiento que inaugura la fe y se realiza en el bautismo vuelve a adoptar las imágenes arquetípicas inconscientes, pero *otorgándoles un nuevo sentido*. Los arquetipos ahora son regulados por la fe, mediatizados por ella. El acontecimiento de la fe, más allá de un mecanismo de defensa narcisista que encierra al sujeto en un mundo de fantasmas gratificantes, debe devolverle a la realidad más exigente y más expresiva de la madurez humana: el compromiso y la configuración de una existencia para los demás, puesto que por el bautismo se hizo participante de la muerte de Cristo, expresión suprema del amor y de la existencia para los otros (19).

IV. Conclusión

Las imágenes y los simbolismos que usa el bautismo, y en general el sacramentalismo cristiano, remiten a unos mitos y a unos arquetipos inmanentes. Pero ante todo remiten a la intervención del Dios trascendente en la historia, lo cual lleva consigo la referencia del cristiano a su propia historia, a una realidad de hombre libre de los "elementos del mundo" (Col 2,11-13); libre del pecado, la muerte y la condenación (Rom 6,1-11; Ef 2,5-6; Col 2,12); libre de la ley (Gál 3,26-27).

La dimensión mítica y arquetípica quedan así *recogidas y subordinadas*. Sin embargo, el cristiano, y en general toda la Iglesia, debe tomar conciencia de dos peligros que le acechan en su vivencia de la fe. De una parte, olvidar que la dimensión mítica y arquetípica ocupan un lugar solamente mediador, y que, por lo tanto, debe quedar subordinada a la dimensión trascendente e histórica. Cristo no debe convertirse en una imagen de protección contra los poderes arquetípicos que amenazan desde las profundidades del inconsciente con apoderarse

de cada uno. El compromiso que lleva consigo la fe desaparecería para convertirse ésta tan sólo en una operación de higiene mental. Ciertamente, el cristianismo no es una sicoterapia, como a veces pareció entender Jung.

De otra parte, olvidar que esa dimensión mítica y arquetípica, por estar subordinada, no es menos real. El cristiano debe renunciar a buscar su salvación en los mitos y en la sola experiencia de los arquetipos inconscientes, pero no debe renunciar a todo lo que significan y efectúan los mitos y las simbolizaciones para el hombre síquico. Como afirma Beirnaert, no hay que reducir la encarnación al hecho de que Dios haya tomado forma carnal. Dios intervino en el inconsciente colectivo para salvarlo y realizarlo. Cristo descendió a los infiernos. ¿De qué forma alcanzará nuestro inconsciente la salvación, si no se le habla con su lenguaje? En la medida en que un sacramentalismo descuida utilizar unas figuras arquetípicas y reduce su ritual a un frío desarrollo esquemático, pierde su eficacia sobre el hombre pagano que dormita en cada uno. Falla la evangelización de las profundidades. Es entonces cuando la sique se crea ídolos y hace resurgir el paganismo. Los Padres y los rituales de los primeros siglos deben suponer un ejemplo de transmisión de un mensaje que sabía dirigirse eficazmente al inconsciente del hombre religioso natural.

Queda, por último, plantear la cuestión sobre la inteligibilidad de determinados símbolos que la Iglesia emplea hoy en la transmisión del mensaje, y concretamente en la administración del sacramento del Bautismo. De una parte, habrá que atender al significado fundamental del bautismo cristiano en vistas a expresar este significado fundamental con unos símbolos adecuados. De otra parte, habrá que interrogarse sobre la inteligibilidad del simbolismo del Bautismo para el hombre contemporáneo.

Respecto al sentido fundamental del Bautismo, hemos visto cómo remite, *ante todo, a la intervención liberadora de Dios por la muerte y resurrección de Cristo.* El aspecto, pues, de lavado purificante del pecado original queda en un segundo plano. Este aspecto de lavado purificante fue ganando terreno en la comprensión del Bautismo a partir sobre todo de la controversia pelagiana. Sin embargo, en la teología del Nuevo Testamento y en la literatura cristiana de los primeros siglos, se insiste en el aspecto de liberación. El Bautismo se conecta con el paso del mar Rojo. De esta forma, el bautismo se presenta como una solución a una situación desesperada, sin solución humana, en la que Dios interviene liberando. Esta es la significación fundamental del Bautismo y a ella habrá que remitirse a la hora de elegir unos símbolos adecuados.

Por otra parte, y atendiendo a la inteligibilidad de los símbolos para el hombre de hoy, advertimos cómo precisamente la mentalidad moderna se encuentra más preparada para expresarse mediante unos símbolos que remitan a unas situaciones humanas relacionadas con su acontecer histórico más que un anhelo de purificación por medio de un lavado ritual. Situaciones como la de cautividad o libertad, soledad o comunión, condenación o salvación, presencia o ausencia, le son familiares al hombre de hoy y son empleadas frecuentemente en el simbolismo del cine, la literatura, etc. Todo lo cual hace pensar que quizá el hombre moderno se encuentra mejor capacitado para comprender la auténtica significación del Bautismo y que la Iglesia debe buscar los símbolos adecuados para que esta significación fundamental opere de una forma eficaz. Se hace necesaria una simbolización que haga capaz de expresar al hombre moderno todo lo que el Bau-

tismo opera y exige. Símbolos que expresen la liberación del pecado, de la muerte y de la condenación (Ef 2,5-6; Col 2,12; 3,1-4); la liberación de toda ley (Rom 6,14-15; Gál 3,26-27); la liberación de toda magia y superstición ("elementos de mundo" en el lenguaje paulino) (Col 2,11-13). Símbolos que expresen igualmente la agregación de los bautizados a una comunidad (1 Cor 12,13; Ef 4,4; Gál 3,26-27); y muy especialmente, símbolos que expresen la exigencia fundamental del Bautismo para el cristiano que, como Cristo, es bautizado en sufrir y morir por el pueblo y para el pueblo (Mc 10,38; Lc 12,50).

notas

(1) BEIRNAERT, L.: *Experiencia cristiana y psicología.* Barcelona, ESTELA 1969, págs. 297-326: La dimensión mítica en el sacramentalismo cristiano.

(2) *Homil. in Joh.*, XXV, 2.

(3) *Hymni de virginitate,* VII, 7.

(4) ELIADE, M.: *Lo sagrado y lo profano.* Madrid, GUADARRAMA 1967, pág. 130.

(5) *Catecheses Mystagogicae,* II, S. P. G. 33, 1080.

(6) ELIADE, M.: *El mito del eterno retorno.* Madrid, ALIANZA 1972.

(7) LUNDBERG: *La Typologie baptismale dan l'Ancienne Eglise.* Leipzig, 1942.

(8) *Catechesis,* III, XI, S. P. G. 33,441.

(9) TERTULIANO: *De Baptism.*, C. 2.

(10) JUNG, C. G.: *El yo y el inconsciente.* Barcelona, LUIS MIRACLES 1950. HOSTIE, R.: *El mito y la religión.* Madrid, RAZON Y FE 1961. ROF CARBALLO, J.: *Rebelión y futuro.* Madrid, TAURUS 1970, págs. 337-345: Cuento y mito como esquema del sí mismo.

(11) NEUMANN, E.: *Psicología profunda y nueva ética.* Buenos Aires, CIA. GRAL. FABRIL EDITORA 1960, pág. 27.

(12) JONES, E.: *Ensayos de sicoanálisis aplicado.* Caracas, TIEMPO NUEVO 1971: La concepción de la Virgen por el oído, págs. 235-236.

(13) FREUD, S.: *Obras completas, II: El porvenir de una ilusión.* Madrid, BIBLIOTECA NUEVA 1968, págs. 73-99. Vol. III: *El malestar en la cultura,* págs. 1-65.

(14) FREUD, S.: Ibid., vol. II: *Tótem y tabú,* págs. 511-599. Vol. III: *Moisés y la religión monoteístia,* págs. 181-285.

(15) KRAPF, E.: *Psicoanálisis y religión,* en ADORNO, T. W. y DIRKS, .:*Freud en la actualidad.* Barcelona, BARRAL 1971, págs. 231-245.

(16) LEVY-VALENSI, E. A.: *El psicoanálisis. Perspectivas y riesgos.* Madrid, MAROVA 1972, pág. 278.
1970, págs., 432-483.

(17) RICOEUR, P.: *Freud, una interpretación de la cultura.* México, SIGLO XXI

(18) BEIRNAERT. L.: *Experiencia cristiana y psicología,* págs. 349-361: La significación del simbolismo conyugal en la vida mística.

(19) Cfr. PROYECCION, n.º 70 (1970): Bautismo y compromiso.